

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

EL MOVIMIENTO LITERARIO DE 1842

El más cercano de los contemporáneos del movimiento de la generación de 1842 en nuestros días era Augusto Orrego Luco. Seis años, de su nacimiento, lo separaban de aquel suceso capital de nuestras letras. Conoció a casi todos los hombres que actuaron en él. Sus ojos alcanzaron a Bello, intimó con Lastarria, fué amigo de Chacón, de Espejo, de Tocornal, de Varas y cuantas inteligencias directa o indirectamente tuvieron algo que hacer en ese instante de la cultura chilena. El testimonio de Orrego Luco, cuasi testigo de ese hecho, es de gran importancia. ¿Cómo juzga a los hombres? ¿Qué criterio le merecen los escritos de ese tiempo? ¿Cómo aprecia la influencia *cuyana*? ¿Está situado en la misma posición de Lastarria en los *Recuerdos Literarios*? Todas esas preguntas las absuelve Orrego Luco en estas páginas que podríamos llamar inéditas, a pesar de haberse publicado medio siglo atrás. (N. de la D.)

EL 14 de Julio de 1842 apareció el SEMANARIO, periódico, que el señor Lastarria se había propuesto hacer, al principio órgano exclusivo de las nuevas tendencias literarias, y que siguiendo después los cautelosos y prudentes consejos del señor don Andrés Bello, organizó como una manifestación más completa de todo nuestro movimiento intelectual, entrando a formar parte de su redacción jóvenes que venían de los campos más opuestos en literatura y en política.

Colaboraron en ese periódico don Francisco Bello, don José María Núñez, don Juan Nepomuceno Espejo, don Salvador Sanfuentes, don José E. Ramírez, don Manuel Antonio Tocornal, don Antonio García Reyes, don Antonio Varas, don Marcial González, don Manuel Talavera, don Joaquín Prieto Warnes, don José Joaquín Vallejos, don Hermógenes Irisarri, don Jacinto Chacón, don A. Olavarría, nombres todos destinados a ocupar más tarde un puesto brillante en la política y las letras nacionales.

La nueva publicación fué recibida por Sarmiento, en EL MERCURIO, con una benevolencia alentadora; pero López la recibió, en el periódico que redactaba en Valparaíso, con una benevolencia llena de reservas, llegando hasta a hacer una áspera crítica de una composición en verso del señor Prieto Warnes, titulada *Un suspiro y una flor*.

En aquella delicada situación, en que secretas rivalidades sociales venían a unirse a las punzantes rivalidades de las doctrinas literarias, esa crítica indiscreta iba a ser el germen de una polémica de inevitables asperezas.

En el segundo número del SEMANARIO apareció un artículo de Sanfuentes sobre el romanticismo, cuyo fondo era la sátira punzante de un artículo que sobre este mismo tema López había publicado en la REVISTA, y al día siguiente de esa publicación provocadora aparece en EL MERCURIO una invectiva mordaz y espiritual de Jotabeche.

Esos dos artículos daban a las rivalidades literarias el colorido de rivalidades nacionales; romántico y argentino eran sinónimos, lo mismo que lo fueron romántico y extravagante, que clásico y autoritario, en el curso de esa viva controversia.

Aquellas agresiones que iban a herir las fibras más sensibles del sentimiento nacional de los proscritos argentinos, exasperaron la irritable pluma de Sarmiento, quien haciendo suya la causa de su amigo, se arrojó sobre los jóvenes escritores con tremenda violencia.

Con esa contundente respuesta quedó abierta una larga polémica en que los adversarios de la nueva escuela descubrían su incapacidad radical para entenderla, y en que Sarmiento no podía prescindir de las heridas de su amor propio nacional.

Para los impugnadores del romanticismo, la nueva escuela literaria era simplemente un extravagante desenfreno, y toda su estética se podía reducir a una especie de codificación absurda del delirio.

Era inútil que el jefe de la nueva escuela, en su gráfico lenguaje, les dijera que el arte nuevo no pretendía emanciparse de

sus leyes naturales, y que sólo sacudía el imperio enervante y absurdo de los preceptos convencionales; «que en las letras como en la sociedad no debían dominar ni las ceremonias ni la anarquía; ni talones rotos, ni gorros rojos».

Los adversarios de la nueva escuela literaria, sólo querían ver las violentas y extravagantes contorsiones de aquella pitonisa, pero no querían oír el espíritu divino que la inspiraba.

Por su parte Sarmiento, con desnuda franqueza confesaba a Lastarria en una interesante carta, que éste ha publicado en sus *Recuerdos Literarios*, su situación personal en aquella controversia.

«Aparece hoy, le decía, una polémica literaria, yo la acepto, y si usted quiere la degenera, usando de una causticidad y amargura que se revela en cada página que escribo, en cada palabra que trazo. Se trata de romanticismo, y yo que me he reído de él en la *Nona sangrienta* y en cuanta ocasión he tenido la oportunidad de hacerlo, lo defiendo hoy con un calor irritante. ¿De dónde puede nacer este interés tan vivo? . . . Voy a decírselo a usted, y si no me hace justicia, me compadecerá al menos por un descarrío, en mi posición inevitable». Y después de recapitular todas sus quejas en contra de aquellos jóvenes escritores que en la sociedad y en la prensa trataban de exhibirlo como un grosero charlatán, como un ignorante presuntuoso, y de arrebatarle hasta ese pequeño prestigio del talento que era todo su patrimonio de proscrito; después de pintarle con tristeza la injusta y cruel persecución de que era víctima, añadía: «preocupado de estas ideas he entrado a combatir el artículo *romanticismo*; no por la cuestión literaria, sino por lo que a mi reputación, que quieren ajar, va en ello; y resuelto a defenderme me he propuesto herir de muerte, sin piedad, sin mesura, usando de las mismas armas que de palabra y por escrito han usado contra mí».

Las palabras amenazantes que hemos copiado de esta desgarradora y amarga confesión, no debían, sin embargo, realizarse. Lastarria contestó a esa confidencia apelando a los sentimientos más nobles del joven escritor argentino, y Sarmiento, prescindiendo con orgullosa elevación de sus propias heridas, puso término a aquella polémica irritante.

Sin embargo, Vallejo continuaba en sus picantes correspondencias satirizando a los escritores argentinos, y atizando el fuego secreto que había alimentado esa polémica, obedeciendo, según Amunátegui, «a las repugnancias que experimentaba contra el romanticismo de López en literatura, y del Chacho en política», y según Lastarria, «porque tenía mucho que vengar».

Sarmiento contestaba a esas picantes invectivas, pero ya la

lucha se había hecho personal, cuerpo a cuerpo, entre el escritor argentino y Jotabeche, y se arrastraba ya con cierta languidez, cuando el desastre de Arroyo Grande barrió con las últimas esperanzas de los proscritos y consolidó en el poder el gobierno despótico de Rosas.

Aquella desgracia impuso silencio y respeto a la acerada pluma de Vallejo.

* * *

Como hemos dicho, fué don Salvador Sanfuentes quien abrió en EL SEMANARIO la ardiente querella literaria que hemos bosquejado. Este joven escritor, que apenas contaba entonces veinticinco años de edad, era uno de los predilectos discípulos de Bello, y desde 1834 había principiado a llamar la atención por la precocidad de su talento literario.

En EL ARAUCANO, don Andrés Bello había publicado con vivísimos elogios la traducción de un fragmento de a *Ifigenia* de Racine, hecha por Sanfuentes. Todo en su vida iba a tener una excepcional precocidad: a los 17 años, era, como se ve, un escritor aplaudido; a los 19, acompañaba a don Mariano Egaña en su legación al Perú, en calidad de secretario; a los 28 años, era nombrado Intendente de Valdivia, y a los 29 años volvía a Santiago a ocupar un sillón ministerial.

Ese solo rasgo de su vida nos descubre la seriedad de su carácter, la tranquilidad de un espíritu metódico y esa fría corrección, esa circunspecta reserva, que apaga en un hombre las espontaneidades de la vida, y reemplazando la lima de los años, borra las angulosidades cortantes, las asperezas del carácter juvenil.

Y en efecto, el joven escritor del SEMANARIO era un espíritu profundamente metódico y austero, de una laboriosidad asombrosa, de una tranquilidad correcta, y que tenía los inevitables y fríos defectos que brotan de esas mismas cualidades.

En los fragmentos de su diario que han llegado hasta nosotros,—porque Sanfuentes llevaba un libro de memorias, en que anotaba todas las impresiones de su vida, sus lecturas, sus estudios, el estado de su salud, y hasta los más insignificantes incidentes personales,—nos asombra la extensión y la asiduidad de su labor intelectual.

Sólo esa infatigable tenacidad puede explicarnos la enorme masa de escritos que ha dejado en una vida corta en que, durante muchos años, ocupó puestos políticos de una absorbente actividad.

Además del *Campanario*, de *Lucía*, de *Teudo*, del *Bandido*, de *Jnani*, de la traducción del *Británico* de Racine, de un drama

sobre *Juana de Nápoles*, de una leyenda titulada *Huantemagu*, de una traducción de los *Celos infundados* de Molière, y dos dramas originales: *Una venganza* y *Cora o la Virgen del Sol*, nos ha dejado una memoria que abraza la historia de Chile desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo, y sabemos que destruyó cuatro o cinco dramas, cuyos títulos es todo lo que ha llegado hasta nosotros. Esos dramas destruidos se llamaban: *Caupolicán 1.º*, *Caupolicán 2.º*, *El mal pagador*, *El castillo de Mazzini*. Y todavía entre sus obras póstumas figura otro drama, titulado *Don Francisco de Meneses*.

Obra enorme realizada por un hombre cuya vida sólo abrazó 43 años escasos.

Su primera producción de algún aliento se publicó en EL SEMANARIO. Era una leyenda del siglo XVIII, titulada el *Campanario*. «Abundan en ella—dice Amunátegui—retratos copiados del natural, por mano de maestro, y cuadros acabados de las costumbres coloniales». Y más adelante añade: «nos parece que los desenlaces del *Campanario*, del *Bandido* y de *Jnani*, dejan algo que desear, sobre todo el de los dos primeros. Hay en ellos demasiados horrores: el fin es muy trágico. El poeta se convierte en un Robespierre literario; no se satisface con una sola víctima sino una hecatombe. El telón cae sobre los cadáveres de casi todos los actores».

Diversa fué, sin embargo, la impresión que produjo el *Campanario* en aquella época de natural benevolencia. Con esa producción subió a una gran altura el prestigio literario de su autor, que ese mismo año fué nombrado oficial mayor del Ministerio de Justicia, y, al año siguiente miembro de la Universidad y secretario general de la misma institución.

Su prestigio literario empujaba visiblemente su fortuna, y en 1845 lo llevaba al puesto de Intendente de Valdivia, y al año siguiente lo hacía figurar como Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, puesto que ocupó desde principios de Febrero de 1847 hasta mediados de Junio de 1849, en que el Ministerio Vial cayó despedazado.

En medio de los trabajos administrativos y las agitaciones de la vida política, continuaba Sanfuentes asiduamente consagrando al cultivo de las letras.

En 1850 dió a luz el primer tomo de sus *Leyendas y obras dramáticas*, tomo que comprende: *El Bandido*, *El Jnani*, una traducción en verso del *Británico* de Racine, y un drama original, también en verso, titulado *Juana de Nápoles*.

De todas esas producciones este último drama es la única que presenta algún relieve, y que marca algún progreso en las for-

mas literarias de su autor; siempre apagadas, sin embargo; siempre frías, en medio de su tranquila corrección.

La figura de aquella reina encantadora, desgraciada y ligera que daba muerte a su esposo y moría ella misma sobre las gradas del trono; esa figura de una belleza fascinadora y de una loca frivolidad, caliente, a veces la pesada atmósfera del drama, le da ciertos movimientos de pasión, ciertos arranques de una audacia excepcional debajo de la pluma de Sanfuentes.

Ese mismo año daba también a luz su memoria titulada: *Chile, desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo*, lánguida y fría exposición de un período tormentoso de nuestra historia política, y a que hasta el señor Amunátegui reprocha la falta de animación y movimiento.

Hay en las notas mismas de Sanfuentes detalles pintorescos, rasgos vivísimos que habrían dado a su cuadro histórico una impresión más palpitante y verdadera, pero que su arte académico no supo aprovechar.

En 1853, Sanfuentes publicaba en EL MUSEO una nueva leyenda, titulada *Huastemagu*, cuyo drama se desarrolla alrededor del platónico amor de un araucano por una hermosa monja que ha robado en un convento de Osorno. La virtud trascendental de aquella monja domina los brutales y ciegos arranques del salvaje, que abandona por fin su *ruca* y su vida de los bosques, para seguir como esclavo a su cautiva.

En 1855, Sanfuentes era nombrado Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago, y al año siguiente sucedía a don Ventura Blanco Encalada en el cargo de decano de la Facultad de Humanidades, cargo para el cual fué reelegido en los dos períodos siguientes.

En 1857, publicó en los folletines de EL FERROCARRIL una larga leyenda titulada *Ricardo y Lucía o la destrucción del Imperial*, impresa después en dos volúmenes; y, otra leyenda, en LA REVISTA DE CIENCIAS Y LETRAS titulada *Teudo o memorias de un solitario*.

Una evolución política llevó ese mismo año a Sanfuentes al Ministerio de Septiembre de 1857, que encabezaba don Jerónimo Urmeneta, gabinete que debía ser rápidamente devorado por sus propias disensiones y las insalvables dificultades que pretendía conciliar.

Los honores no tardaron mucho en volver a golpear la puerta del ministro caído.

En Marzo de 1858 la oposición lo elegía Diputado por el departamento de Quillota, y en Abril de ese mismo año, el Gobierno

lo nombró Ministro de la Corte Suprema, en reemplazo de don Ramón Luis Irarrázaval.

Desde su sillón de Juez, Sanfuentes vió pasar tranquilamente la tempestad revolucionaria, que agitó al país en esos años. Sumergido en el cumplimiento de sus deberes judiciales, en sus lecturas, y en sus incesantes tareas literarias, esperaba llegase una hora favorable, una situación en que le fuera posible volver a la vida activa del político, sin exponerse a las violencias de la lucha o a ser envuelto en el oleaje de una desecha tempestad.

Pero, antes que llegara esa nueva situación, llegó la muerte. A mediados de Julio de 1860, falleció el autor de *El Campanario*.

* * *

En aquella ardiente polémica de EL SEMANARIO, acompañaba a Sanfuentes un joven escritor que iba a adquirir más adelante una popularidad ruidosa y duradera. Ese joven escritor era don José Joaquín Vallejo, quien no había sido tratado por la fortuna con la misma pródiga generosidad que su compañero de armas en las letras.

Vallejo nació en una oscura familia de provincia, y, con orgullosa modestia, nos ha dejado él mismo una tierna y viva pintura de ese humilde hogar.

«Mi padre fué platero,—escribía a un amigo, a propósito de torpes alusiones a su cuna que le habían sido lanzada en la prensa. En el mismo sitio en que él tuvo su taller, tengo hoy mi lindo gabinetito, donde te escribo esta carta y he escrito mis *Jotabeches*.»

El terremoto que asoló a Copiapó el 10 de Mayo de 1819, hizo emigrar a La Serena la familia de Vallejo. Allí recibió su primera educación, y de allí vino a Santiago, honrosamente elegido por la Municipalidad de La Serena, para ocupar en el Liceo de Mora la beca que correspondía a ese departamento.

«Hemos oído, dice el señor Amunátegui, a algunos de sus discípulos, que Vallejo fué muy distinguido y apreciado por Mora quien lo puso en relaciones con el general don José Manuel Borgoño, el cual le protegió en cuanto pudo.»

La vuelta de los conservadores al poder trajo, como ya hemos dicho la inevitable clausura del Liceo y la ruina de su generoso protector.

Vallejo se empeñó, sin embargo, en continuar sus estudios en el Instituto Nacional; pero la estrechez de sus recursos lo obligó a abandonar esos propósitos, y a entrar como dependiente en una tienda

De esa humilde situación lo levantó la protección de sus amigos, quienes le consiguieron del general Prieto el nombramiento de secretario de la Intendencia del Maule. Fué a ocupar ese puesto en 1835, y en él lo encontramos todavía tranquilamente instalado, en estrechas y cordiales relaciones con su jefe a fines de 1839.

Pero, a principios del año siguiente, aquella cordialidad desaparece, y se levanta entre ellos una querrela inexorable.

Vallejo perseguía al Intendente con la mordacidad de sus sátiras picantes, con las aceradas burlas de su ingenio; el Intendente se servía para vengar sus ofensas de todos los recursos que ponía en sus manos el poder. En esa lucha, Vallejo fué a dar a una prisión, y de esa cárcel salió el escritor y, casi decimos, su política.

Los artículos agresivos y chispeantes que publicó Vallejo en contra del Intendente del Maule, en *EL MERCURIO* de Valparaíso y en *EL BUZÓN* de Santiago, son las primeras producciones de su pluma que han llegado hasta nosotros, y en ellas, el escritor humorista se descubre con todas sus risueñas y peligrosas facultades.

Larra y Zorrilla habían despertado entre nosotros un vivísimo entusiasmo, y su asidua lectura ha dejado huellas muy claramente perceptibles en los escritores de aquel tiempo. Larra fué el fascinador modelo de Vallejo: en él bebió el amor a la corrección de las formas españolas y cierto afectado desdén por esas formas; un escrupuloso refinamiento en la observancia del diccionario y la gramática al mismo tiempo que una perenne protesta en contra de sus despóticas y caprichosas prescripciones. En él bebió esa inspiración salada y amarga, esa dolorosa ironía envuelta siempre en una risueña tristeza; y en él aprendió el manejo de la anécdota punzante y mordaz, de que había sacado tan brillante partido en sus polémicas el satírico español.

En los primeros escritos de Vallejo a que hemos aludido y en los que publicó poco después en *LA GUERRA A LA TIRANÍA* no se mostraba más que el aspecto hiriente y acerado de su pluma, que en sus artículos de costumbres descubriría después el lado patético de los escritores humoristas.

Vallejo se servía entonces de su pluma como de una arma en las luchas políticas, y era para él entonces la política algo esencialmente personal y que giraba en torno del Intendente con quien se encontraba en guerra abierta.

Vallejo encabezaba la ardiente oposición que se había levantado en el Maule y, sin embargo, no tuvo dificultad para presentarse al general don Manuel Bulnes, candidato entonces a la Presidencia de la República, para ofrecerle un decidido apoyo

en favor del Gobierno, si éste separaba simplemente al Intendente del mando de la provincia, y como esa separación fuera negada por los hombres de gobierno, Vallejo se alistó entre sus más implacables y virulentos adversarios.

La política del escritor de LA GUERRA A LA TIRANÍA estaba, pues, sujeta a un criterio esencialmente personal, y en sus verdaderos móviles obedecía entonces a la inspiración de rencores lugareños.

El fracaso electoral del partido en que Vallejo había militado lo determinó a volverse a Copiapó en busca de fortuna. Principió allí a ganar la vida como minero y *tinterilló*, y en medio de su prosperidad creciente, imitando los artículos de costumbres del crítico español, principió a publicar en EL MERCURIO sus primeros *Jotabeches*. Gozaba ya de una extensa reputación como escritor festivo, cuando hizo Sarmiento su provocadora aparición en nuestra arena literaria, y ya hemos dicho que Vallejo fué entonces su más poderoso y tenaz contradictor y que fué el primero en dar a aquella lucha literaria los agrios caracteres de una contienda que afectaba el amor propio nacional.

Hasta 1845 continuó Vallejo colaborando en EL MERCURIO. En esa fecha principió a publicar un periódico semanal titulado EL COPIAPINO, destinado a promover los intereses mineros de la provincia de Atacama y a hacer una guerra inexorable a los abusos de los agentes subalternos del poder.

El periódico de Vallejo tuvo una tormentosa aparición, desde el primer momento suscitó a su redactor ásperas dificultades personales que un año más tarde le obligaron a alejarse de la lucha y a guardar un largo silencio literario que sólo mucho después vino a interrumpir, volviendo a recoger su pluma risueña de crítico social.

Entre tanto la fortuna le había sonreído y Vallejo se encontraba en situación de poder aspirar al dispendioso honor de representar en el Congreso a los departamentos de Vallenar y de Freirina.

Apoyado por sus amigos con resuelta energía obtuvo un triunfo espléndido, saliendo elegido como Diputado de oposición en una reñida lucha electoral.

Su carrera parlamentaria no correspondió a las esperanzas que el fecundo escritor había hecho concebir. En la legislatura de 1849 y 50 hizo tardías y a veces una desgraciada aparición en el debate, lo que explica que en 1851 se alejara completamente de la Cámara, y que, a pesar de haber recibido en 1852 la representación de los departamentos de Constitución y de Cauquenes, no ocupara nunca su asiento en el Congreso.

En este último año fué nombrado Encargado de Negocios de Chile en Bolivia.

El general Belzú, Presidente entonces de Bolivia, había colocado en un difícil pie las relaciones amistosas de estos dos países y dado un agrio sesgo a cuestión de límites, cuyas asperezas para él se complicaban con pretendidas ofensas que el Gobierno de Chile había hecho a su Gobierno.

En aquella situación no consiguió Vallejo ni siquiera ser oficialmente recibido, y después de un duro cambio de notas con el Ministro de Relaciones Exteriores tuvo que pedir su pasaporte.

Vuelto a Chile se fué a residir en Copiapó, abandonando para siempre la política y las letras.

En medio de las sonrisas de la fortuna y de todas las facilidades de la vida, una sombría displicencia invadía su espíritu; no era esa tristeza el fruto amargo de los desengaños que había recogido, tanto como un síntoma de la penosa enfermedad que devoraba su organismo, y que concluyó su vida en Septiembre de 1858.

* * *

En medio de las ruidosas polémicas que había levantado EL SEMANARIO, apareció en el teatro una elegante figura literaria.

El 28 de Agosto de 1842, subía a la escena un drama titulado *Los Amores del Poeta*, y cuando el público aclamaba al autor, se presentó en el proscenio un joven que no había llegado aún a los 30 años, de hermosa figura y que recibía los aplausos con esa aristocrática mezcla de embarazo y abandono del hombre de mundo que pisa por accidente el escenario.

El autor de aquel drama era el hijo mayor del señor Bello, nacido en Londres en 1815, y que llegaba en ese momento a la cumbre de una vida literaria destinada a ser tan brillante como rápida.

En esa época el teatro había llegado a ser la más interesante y viva de las distracciones sociales. Las salas se sentían estrechas para contener el auditorio que asistía a la representación de los dramas de Víctor Hugo y de Dumas, de Larra y de Bretón de los Herreros, de Ducange y de Ventura de la Vega, animados por el juego escénico de Casacuberta y la Miranda.

Al vivo interés que el público sentía por los espectáculos teatrales, se añadía la noche que subió a la escena *Los Amores del Poeta*, el picante interés que despertaba el joven escritor, cuya vida de brillante hombre de mundo había cruzado por esa penumbra misteriosa de las leyendas galantes.

En el drama de Carlos Bello, el público iba a buscar una in-

discreta huella del autor, un eco palpitante de sus propios dramas; y las maliciosas miradas de la crónica pretenden haber divisado el drama real al través de los provocadores y espesos velos con que el poeta lo envolvía en el proscenio.

Y en efecto, el argumento parece calculado para ocultar situaciones reales y desfigurar el carácter y los hechos, está lleno de absurdos demasiado resaltantes para que no sea permitido suponerlos voluntarios, y casi calculados para despertar con fuerza la sospecha.

El drama se desarrolla en las inmediaciones de París. Un poeta célebre, hermoso y brillante, ama a una viuda de diez y nueve años, con una pasión que toca los límites ardientes del delirio, pero que en medio de todas sus locuras no alcanza hasta llegar al matrimonio. Un coronel de ejército, formidable espadachín, se arroja en medio de ese drama y arranca a la viuda una carta en que ésta le pide a su amante que la olvide y que se aleje, intimando a aquella mujer con la amenaza de desafiar al poeta y darle muerte.

Este sospecha el origen de aquella forzada y cruel separación y yendo al encuentro del espadachín lo provoca a un duelo y le atraviesa el corazón con una bala.

¿Por qué pasa la escena en París? preguntaba Sarmiento en *EL MERCURIO*. ¿Qué justifica esa influencia extraña que ejerce el coronel sobre la amante? preguntaba *EL SEMANARIO*. Pero éstas y otras interrogaciones encontraban en el público una sonrisa maliciosa, y continuaba el drama con todos sus absurdos necesarios, en medio de aplausos, que la crítica fría y lejana, sin conocer el secreto de ese enigma, no puede encontrar justificados.

Se formaría, sin embargo, una idea inexacta del mérito de aquella producción el que la juzgara solamente por el valor de la trama en que se apoya, prescindiendo de la capa de poesía y de pasión con que el poeta ha tenido la fortuna de cubrirla y que explican el vivo interés que para los jóvenes lectores conserva todavía.

A una obra de arte de un carácter más elevado y duradero, quiso ligar su nombre el aplaudido escritor y eligió como héroe de su nuevo drama a César Borgia, ese fascinador demonio de la historia, que supo cubrir con cierta grandeza elegante sus crímenes y miserias de ambición.

El perfume que mezclaba a sus venenos, embriaga todavía a los que se acercan a sus víctimas y produce una extraña perturbación en el criterio moral de los que pretenden juzgarlo.

Carlos Bello sufrió la fascinación de ese monstruo elegante, y alrededor de ese personaje desenvolvió una intriga dramá-

tica. Tocaba ya a su término la obra cuando la muerte lo vino a sorprender. Don Juan Bello tomó el manuscrito de la herencia literaria de su hermano, y proponiéndose terminarlo lo llevó en sus viajes. Yendo de aquí a allá las hojas se extraviaron y del drama desaparecido sólo conocemos ahora muy poco más que el título: *Inés de Mantua*, y el ambicioso sueño que perseguía su autor al escribirlo.

Prescindiendo de esos dramas, unas cuantas poesías fugitivas, un atrevido y desgraciado ensayo de psicología moral titulado *El Loco*, una biografía de don Agustín Vial Santelices, y el título de una novela en prosa, es todo lo que nos ha quedado del joven escritor que falleció el 26 de octubre de 1854, llevando a su tumba prematura, fundadas y hermosas esperanzas.

* * *

.....
 La actividad literaria del teatro y de la prensa de 1842, se reflejó también en el certamen que la Sociedad Literaria abrió en ese año

Don Santiago Lindsay, don Ramón Francisco Ovalle, don Francisco Bilbao y don Juan Bello, hicieron entonces su juvenil aparición en nuestras letras.

Presentaron las tres primeras composiciones poéticas y el último ensayo en prosa, que obtuvieron los premios del concurso

Santiago Lindsay, que había nacido en 1825, contaba entonces 17 años escasos y esa era también, más o menos la edad de Ovalle y de Bilbao.

El entusiasmo infantil, es todo lo que tenemos derecho de buscar en las producciones presentadas al certamen y que son un significativo documento de la irradiación social que las letras habían adquirido. La juventud literaria sólo existe en medio de una atmósfera social que la estimule.

Santiago Lindsay desarrolló después como escritor político aptitudes que no haría sospechar la ardorosa fogosidad de sus ensayos de poeta. Se reflejaba, por el contrario, en sus escritos, la tranquilidad profunda de un espíritu que huía de la imaginación y sus arranques, para encerrarse en el frío marco de la lógica.

Era un hombre de prensa respetable, de formas correctas y corteses, que buscaba en la fuerza del raciocinio la elocuencia, y en la difusión de sus ideas el éxito supremo que pueda alcanzar un escritor.

La diplomacia y la administración pública, a que prestó desde muy temprano sus servicios, sólo le permitieron hacer una vida literaria accidental.

.....

* * *

El movimiento intelectual de 1842 debía reflejarse todavía de un modo más eficaz y duradero en la profunda variación que sufrió entonces la organización universitaria y nuestro sistema de enseñanza.

El 28 de Diciembre de 1842, don Antonio Varas fué nombrado rector del Instituto Nacional.

El joven rector que alcanzaba apenas a contar 25 años, había tomado una participación activa en el movimiento literario. Su gabinete de trabajo había sido el centro de reunión de la redacción del SEMANARIO, y se distinguía entre los jóvenes escritores de aquel tiempo por la extraña mezcla de precoz seriedad y audacia revolucionaria que constituían el fondo de su talento y de su carácter vigoroso.

La entrada de Varas en la dirección del Instituto, coincide con la reforma de la enseñanza secundaria que consagró el decreto de 25 de febrero de 1843.

Según ese decreto, la enseñanza secundaria debía comprender: 1.º lenguas latina, castellana, inglesa y francesa; 2.º dibujo; 3.º aritmética, álgebra, geometría y trigonometría; 4.º religión; 5.º cosmografía, geografía e historia; 6.º elementos de historia natural, física y química; 7.º retórica, y 8.º filosofía; estableciendo, además, una academia de ejercicios literarios para los alumnos de 6.º año, que debían cursar literatura latina con ejercicios por escrito, filosofía, mental y moral e historia de América y en especial de Chile.

Aquella importante y bien calculada innovación estaba condenada a fracasar por la falta de profesores preparados y los métodos defectuosos de enseñanza.

Varas luchó tenazmente con los obstáculos que le oponía la rutina, se empeñó en dar un carácter esencialmente práctico al estudio y en restringir el aprendizaje de memoria, pero tuvo que declararse vencido por la falta de cooperación y de elementos para llevar adelante su propósito.

«Pero, como dice el señor Lastarria historiando estos sucesos, el acontecimiento más importante que da testimonio de aquella aspiración al desarrollo intelectual, es la instalación de la Universidad de Chile que había sido creada por ley de 19

de Noviembre de 1842 (1) que se inauguró solemnemente el 17 de Septiembre de 1843, en el general de la antigua Universidad de San Felipe, que servía entonces de sala de sesiones a la Cámara de Diputados, a pesar de conservar sus viejas decoraciones, entre las cuales figuraban los retratos de Santo Tomás de Aquino y el de su contradictor el sutil Escoto, el de Aristóteles y el del maestro de las sentencias Pedro Lombardo, además de otros y de Heráclito, que llorando, y Demócrito, que riendo, se asomaba a uno y otro lado de la entrada principal, como para indicar que allí había por qué reír y también algo que hacía llorar.

«La instalación se hizo por el Presidente de la República, acompañado de sus ministros, de comisiones de ambas Cámaras legislativas, de los tribunales y demás corporaciones civiles y militares, y en presencia de los ochenta y seis miembros que el Gobierno había nombrado para las cinco facultades y de los veinte y dos doctores que quedaban de la Universidad de San Felipe, varios de los cuales se presentaron con borlas y capelos, a la antigua. Después de un breve discurso del Ministro de Instrucción Pública y del que leyó el nuevo rector don Andrés Bello, toda la concurrencia se trasladó a la Catedral, donde se cantó el *Te Deum* con gran pompa y en seguida a la sala de Gobierno donde se terminó la ceremonia. Esta fué una verdadera fiesta cívica que contribuyó a la conmemoración del trigésimo tercio aniversario de nuestra independencia.»

En este pintoresco y vigoroso bosquejo el señor Lastarria nos diseña la importancia que se daba a la instalación de nuestra Universidad, que debía ser el centro activo y el árbitro supremo de nuestro desarrollo intelectual, pero que, como todas las instituciones de su género, debía más tarde traicionar las legítimas y ambiciosas esperanzas que al nacer había desperdado.

Pero de todos modos, al instalarse la Universidad, representaba la inteligencia del país, y servía de centro a todas nuestras reputaciones literarias.

Al inaugurarse la Universidad pronunció el señor don Andrés Bello un discurso que ha sido después comentado con viveza, y que se ha tratado de exhibir como la profesión de fe literaria del eminente escritor venezolano.

Por nuestra parte no miramos ese interesante documento como una exposición personal de las ideas de su autor, sino

(1) La ley que mandó fundar la Universidad es de 17 de Abril de 1839.

más bien como una síntesis de las ideas que en ese tiempo flotaban en la atmósfera.

En ese discurso oficial, el señor Bello debía exponer el criterio que servía de base a la nueva institución, las doctrinas y tendencias que estaba destinada a propagar y sostener:

Es verdad que en medio de esas ideas oficiales formuladas en un lenguaje oficial, asoman las cuestiones ardientes que alimentaban las vivas controversias de aquella época, y que en un momento el señor Bello refleja en su discurso emociones profundamente personales, llegando hasta levantar el velo de una íntima región del sentimiento.

Después de recordar que «las letras y las ciencias son, (después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa) el mejor preparativo para la hora de la desgracia»; después de recordar que Sócrates ilumina su cárcel con sublimes especulaciones sobre los destinos humanos, que Dante compone en el destierro su Divina Comedia y Chenier escribe sus últimas versos al subir al patíbulo, añade el señor Bello: «yo mismo aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios y saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida y conservan todavía algunos matices a el alma, como la flor que hermosea las ruinas».

Pero ni esa nota personal y discordante, ni la ambigua apreciación que hizo el señor Bello en su discurso de las cuestiones que agitaban nuestro naciente mundo literario, bastan para despojar a esa disertación académica de su carácter esencialmente impersonal.

Desde este punto de vista considerámos, pues, el discurso inaugural de la Universidad como una elegante y amable exposición del criterio y las doctrinas dominantes, cuando lo pronunciaba el señor Bello.

Padecían una extraña ilusión los que aguardaban que el señor Bello convirtiera en aquella ceremonia, su discurso en una crítica de las poderosas y respetables tendencias del pasado, y era natural que «el representante de la sabiduría entre nosotros, pusiera al frente de las nuevas esperanzas las tablas de la antigua ley».

* * *

El movimiento literario de la época que vamos historiando había alcanzado y arrastrado al clero, que sentía la necesidad de buscar en la prensa un apoyo para las creencias religiosas

minadas por una sorda propaganda que no tardaría en asomar audazmente la cabeza.

Obedeciendo a ese propósito de doctrina y propaganda apareció en 1843 la REVISTA CATÓLICA, órgano oficial de la arquidiócesis, y cuya dirección se entregó a dos hombres que debían desempeñar un papel muy prominente en nuestra iglesia y en nuestro desarrollo intelectual.

Era uno de éstos don Rafael Valentín Valdivieso, que durante treinta años ocupó la Sede Arzobispal, y era el otro don Hipólito Salas, que durante muchos años debía después desempeñar el obispado de Concepción.

Un fuerte espíritu eclesiástico era el lazo que asociaba a esos dos hombres de la misma empresa, venciendo violentamente contradicciones de carácter que había acentuado en ellos las diversas condiciones de su vida.

Don Rafael Valentín Valdivieso había nacido en el seno de una de nuestras más poderosas familias coloniales, y respirado los primeros años de su vida en esa atmósfera penetrante de una orgullosa y altanera tradición aristocrática.

A los veinte años había terminado con brillo sus estudios de abogado y la Corte de Apelaciones lo nombraba defensor de menores. A los veintiocho años ocupaba un asiento en ese alto tribunal, y ejercía una visible influencia como regidor municipal.

En medio de esa carrera, en que una espléndida prosperidad le sonreía, el señor Valdivieso se detiene y como si hubiera experimentado una brusca variación en sus ideas, abandona la vida civil con todas sus brillantes y ya cercanas perspectivas y toma el hábito eclesiástico.

Hizo su profesión de fe religiosa el 15 de Agosto de 1834, cuando apenas contaba 30 años de edad; pero al tomar el hábito no buscaba el joven sacerdote la penumbra silenciosa y soñadora del convento, sino un campo de acción en que desarrollar la actividad vigorosa de su espíritu, al servicio de un cuerpo de doctrina que inspiraba su alma con viveza.

Siendo ya sacerdote ocupó un puesto en el Congreso, y en él se distinguió por la actividad y energía de su acción política.

Al mismo tiempo que el señor Valdivieso se arrojaba en brazos de esas ásperas luchas de partido, se consagraba con rara abnegación al desempeño de su deber sacerdotal. Daba misiones en las regiones más apartadas del norte y sur de la República y se conquistaba un alto rango en la oratoria sagrada. Una prueba del homenaje que se rendía a su talento, es que se encomendara a ese joven sacerdote la oración fúnebre de las

exequias de Portales, que figura entre las más distinguidas producciones del talento nacional en este género.

En víspera de la aparición de la REVISTA, sostenía el SEMANARIO una polémica tremenda con Sarmiento provocada por uno de esos accidentes a que estaba naturalmente expuesta a cada paso, la pluma llena de traviesas alusiones del escritor argentino.

Dando cuenta Sarmiento de la representación de *Adel el Zegrí*, para pintar el carácter de la monja que figura en ese drama, había dicho que era «una monja Zañartu, que vivía maldiciendo día y noche la vida monástica y echando menos los goces del mundo».

Esta alusión hirió al señor Valdivieso en lo más vivo, lo hería como sacerdote y como pariente de la monja, y para recoger esa alusión se lanzó en una polémica con el crítico argentino en que la frialdad risueña no estuvo de su parte.

Con la misma pluma con que escribió sus aceradas agresiones en contra de Sarmiento, pudo alcanzar a escribir el señor Valdivieso su tranquila exposición de los propósitos a que iba a obedecer la dirección de la REVISTA.

Su permanencia al frente de ese periódico fué luego interrumpida por la consagración de otros deberes eclesiásticos.

En 1843 la muerte del señor Vicuña dejó vacante la Sede episcopal, que después de la renuncia de don José Alejo Eyzaguirre, debía ocupar el señor Valdivieso.

Su nueva situación lo alejó de nuestra prensa y desde entonces el escritor desaparece bajo los severos y rígidos pliegues del manto episcopal, y sólo en algunos de sus discursos deja ver sus poderosas y brillantes facultades.

En sus escritos de la REVISTA el señor Valdivieso desplegaba un estilo esmerado, y cierta amplitud y entonación ciceroniana, que envuelve como una suelta trapería, su pesada y enorme erudición teológica.

Su colega en la redacción de la REVISTA era un hombre de otro temple, formado en una escuela muy diversa.

Don Hipólito Salas nació en el Olivar de Colchagua en 1812, en el seno de una modesta familia, cruelmente maltratada por la suerte. Los principios de su vida tuvieron todas las dificultades y asperezas de la situación social en que nació.

Salas conservó durante el curso entero de su vida, el sello vigoroso de la dura escuela en que se había desarrollado su carácter, y bajo la capa de un príncipe de la iglesia, se dejaba entrever a cada paso al luchador enérgico y resuelto, y ese orgullo arrogante de los que llegan por sí solos a una alta situación.

El ardor de sus pasiones, la vehemencia de su espíritu, lo hacían encontrar fácilmente expresiones de una extraña solemnidad, que hacía recordar a la distancia los grandes golpes de ala de Bossuet.

Al pasar por su pluma, y sobre todo, al pasar por sus labios, tomaban las ideas cierto aire de pompa religiosa sin perder la energía y la impetuosidad de la pasión.

Con una voz poderosa, acentuada por un gesto dramático, lanzaba en el púlpito sus ideas, haciendo habitualmente con el brazo el movimiento del labrador que arroja semillas en el surco. Su figura misma contribuía al vivo efecto que producía en su auditorio.

El contraste entre las dos atmósferas sociales en que Valdivieso y Salas habían respirado en sus primeros años, y la diversidad profunda del carácter de los dos, se reflejaba visiblemente en sus escritos. El arzobispo de Santiago era un escritor correcto y castigado, que pesaba tranquila y friamente el valor de sus palabras y se sometía sin reservas a las más escrupulosas leyes del lenguaje. El obispo de la Concepción se arrojaba en las impetuosas corriente de la lucha, prescindiendo de la corrección y la elegancia de las formas, sin desdeñar el auxilio de las expresiones vulgares, siempre que traducían sus ideas con viveza.

Pero los dos obispos, desde el principio de su vida, persiguieron con igual tenacidad, propósitos que debían más adelante consagrarse con la organización de la Sociedad de Santo Tomás de Cantorbery.

Las arrogantes doctrinas del célebre primado de Inglaterra eran la bandera que los dos sirvieron en la prensa, y que trataron de propagar de una manera todavía más directa y personal organizando el INSTITUTO NOCTURNO, en donde germinaron las primeras semillas de la ardiente lucha entre la Iglesia y el Estado.

* * *

Suprimido EL SEMANARIO, apareció el 1.º de Junio de 1843. otra publicación literaria que llevaba por título EL CREPÚSCULO.

Don Juan Nepomuceno Espejo y don Juan José Cárdenas fueron sus primeros directores, reemplazando después a este último don Cristóbal Valdés. En esa publicación colaboraban don Francisco de Paula Matta, don Andrés Chacón, don Jacinto Chacón, don Hermógenes Irisarri, don Santiago Lindsay,

don Francisco Solano Astaburuaga, don Juan Bello, don Francisco Bello, doña Mercedes Marín del Solar.

El director de ese periódico, don Juan Nepomuceno Espejo, entraba con esa publicación en el diarismo a que durante largos años vivió atado. Era uno de esos espíritus románticos y ardientes, que no ven siempre con claridad la línea que separa la realidad y la fantasía, que viven persiguiendo quimeras inaccesibles y haciendo a sus ideales, estériles, pero generosos sacrificios. Era una naturaleza de poeta, arrojada en medio de las duras pasiones de la vida política, naturaleza que vivía de entusiasmo y se embriagaba con sus propios sueños.

El eco de las grandes palabras que la revolución francesa había arrojado al viento de la historia, vibraban constantemente en sus oídos, resonaban vivas, palpitantes y sonoras en su espíritu.

En vastas lecturas había recogido un extenso caudal de ideas que desparramaba en sus escritos, animadas con el color y el relieve de una rica fantasía.

Después de redactar *EL CREPÚSCULO* en 1844 fundó *EL SIGLO* y se hizo cargo de la *GACETA DEL COMERCIO* en que permaneció hasta 1846.

Al año siguiente redactó *EL PROGRESO DE SANTIAGO*, diario que abandonó en 1849, para correr tras los fascinadores mirajes de los placeres que se acababan de descubrir en California.

En esa incesante y larga vida de diarista, Espejo se había conquistado un gran prestigio popular.

El brillo de sus imágenes, el ardor de su pluma y su palabra, la audacia de sus doctrinas políticas y el reflejo revolucionario que envolvía como una atmósfera a ese eterno luchador en contra de todos los poderes constituídos, le daban a Espejo cierta fascinación para las masas.

Cuando volvió a su patria, después de muchos años de ausencia y aventuras, encontró intacta la reputación literaria de otros tiempos, pero su reaparición en *LA VOZ DE CHILE*, no contribuyó a aumentar su fortuna literaria.

La cultura social había rápidamente progresado y exigía al escritor algo más que la viveza de emociones; la educación política había dado un paso considerable, y no bastaban ya para satisfacer a los espíritus, las brillantes formas y las generosas paradojas de los publicistas de la Francia revolucionaria.

En el Congreso experimentó también una depreciación considerable su fama de orador. En las legislaturas de 1864, 70 y 73, en que fué sucesivamente elegido diputado, ocupó una situación muy inferior a la que de él esperaba su partido. La elo-

cuencia tribunicia de Espejo, que sabía encender y dominar las pasiones tumultuosas de la plaza pública, no pudo adaptarse a las condiciones frías y razonadas de la discusión parlamentaria. Espejo tuvo el raro talento de encerrarse en un silencio imperturbable, y reducir su cooperación política a una decidida adhesión a su partido dentro del Congreso y a una activa y eficaz propaganda fuera de él.

Su compañero en la dirección del *CREPÚSCULO*, don Cristóbal Valdés, formaba con él ese vivo contraste de inclinaciones y carácter, tan habitual entre los que se asocian para dirigir empresas literarias de este género.

Valdés tenía la frialdad del puritano, esa especie de entusiasmo helado y tenaz del doctrinario, que no arde, que no se inflama, pero que tampoco se fatiga. Tenía su espíritu una tendencia esencialmente positiva y ha sido el primero de los escritores chilenos que ha manifestado una sistemática adversión a las fórmulas políticas.

Terminó sus estudios de abogado en 1841, cuando contaba 20 años escasos, y muy pocos meses después se había conquistado una celebridad ruidosa en nuestro foro.

Habitaba entonces el solitario peñón de Juan Fernández la tribu de los Maurelios. Formaba esa tribu una sola familia patriarcalmente gobernada. Un irlandés Osborn trató de resistir sediciosamente la autoridad del patriarca. Fué ejecutado. El juez de Valparaíso condenó a los Maurelios por ese acto, y Valdés se presentó a la Corte Suprema a defenderlos, mereciendo con su hábil alegato que el presidente del Tribunal bajase de su sillón a felicitar al joven abogado, manifestación que no había tenido nunca precedentes.

La viva irradiación intelectual de aquella época atrajo la inteligencia del joven abogado hacia el movimiento literario. Publicó en el *CREPÚSCULO* una novela y un estudio biográfico de Manuel Rodríguez, dejando ver en el primero de sus ensayos, que sólo había mirado el movimiento social a la distancia y que no había llegado todavía a la edad en que las pasiones se revelan y la encantadora y tremenda Esfinge descubre al hombre su secreto; y, dejando ver en su estudio biográfico la fascinación, que naturalmente ejerce sobre las imaginaciones juveniles, la figura de ese caballero errante de las campañas de la guerra de la independencia, representante heroico y completo del insurgente americano.

Cuando apareció en 1848 la *REVISTA DE SANTIAGO*, el espíritu de Valdés había ya adquirido su dirección definitiva y

se despliega vigorosamente en una serie de trabajos titulados: *Estudios históricos económicos*.

Allí es donde, como ya hemos dicho, se revela la originalidad profunda de su espíritu y la tendencia positiva de su pluma.

«Los estudios de economía entre nosotros, decía él, deben tener una tendencia práctica más bien que científica. Es necesario hacerlos sobre la estéril superficie de las cosas y no con el brillante aparato de las teorías. Debemos emplear el método analítico y partir de los hechos y los elementos de una sociedad para deducir la teoría que nos convenga: emplear el método sintético y aplicar teorías deducidas de otros hechos, es errar a cada momento, es crear un monstruo social. Las repúblicas americanas, por su posición geográfica, por su industria, por el rol que están llamadas a desempeñar en el inmenso drama de la humanidad, deben tener un sistema nuevo de economía, porque muy poco tienen de común con la Europa en los ramos de su administración, en la producción y en la distribución de su riqueza.»

Esos estudios conquistaron una sólida reputación al joven escritor y le abrieron las puertas del Congreso en la legislatura de 1849. Eran aquellas horas políticas difíciles; eran horas de pasión y de viva lucha de partido, que condenaban a una prudente reserva a los hombres del razonado y frío temple de Valdés.

Apenas había pasado el oleaje de esa profunda conmoción política y se principiaba a abrir para Valdés un campo de acción más apropiado, la muerte lo vino a sorprender en 1853.

Desapareció con él, de la historia literaria de aquella época, una personalidad aparte, un hombre aislado en ese movimiento que visiblemente obedecía al dominio brillante y perturbador de las teorías: un espíritu que miraba las doctrinas al través de las realidades de la vida, y no los hechos al través de una doctrina.

Entre los colaboradores del CREPÚSCULO figuraba don Hermógenes de Irisarri, hijo del célebre escritor y diplomático don Antonio José de Irisarri, una de las glorias literarias más eminentes de la América española.

Desde sus primeras producciones Irisarri dejó ver que era su ideal, para servirnos de las expresiones de Chenier, con ideas nuevas hacer versos antiguos. La educación clásica que había recibido al lado de su padre estampó un sello indeleble en las formas literarias de Irisarri, pero estrechó el vuelo de su imaginación, comprimió su fantasía con violencia.

A pesar de que Irisarri poseía una asombrosa facilidad de ver-

sificador, ese afán de pulir y retocar sus versos con esmero, no sólo han hecho que sea muy escasa su obra literaria, sino también le dan el aire de una producción difícil y forzada.

Sus traducciones de Alfredo de Vigny y de Víctor Hugo, ocupan tal vez el primer puesto en el legado que ha hecho a nuestras letras. La inspiración de los poetas franceses está allí admirablemente vaciada en el espléndido molde de las formas españolas; y como era natural, el verso mismo aparece en ellas más fácil y espontáneo que las elaboradas estrofas que su propia inspiración le sugería.

Como prosador, Irisarri nos ha dejado una biografía del general Mackenna, las *Cartas sobre el teatro moderno*, que dió a luz en LA SEMANA en 1859, y una serie de artículos de redacción política en los diarios.

En su prosa brilla, como en sus versos, la corrección elegante y esmerada, el arte ingenioso y paciente de un letrado, hermosas cualidades que hacen olvidar la falta de espontaneidad y de viveza, de ese algo alado y caliente que tiene la palabra improvisada.

Pero con el hábito de la pluma, esa eterna persecución de las delicadezas del ingenio, se fué lenta y naturalmente transformando en una desenfadada pasión por los *concetti*, el retruécano y los juegos de palabras, en que se evaporaban las últimas llamaradas de un talento distinguido.

.....

* * *

Pero, entre todos los trabajos que aparecieron en el CREPÚSCULO, hay dos que flotan sobre la superficie de nuestra historia literaria, que se eleva el uno hacia las cimas del arte, como una serena aspiración del alma hacia el ideal religioso, y cuyas raíces hunde el otro en la región sombría de donde brotan los dolores humanos, los problemas sociales, el cruel desequilibrio de la vida moderna; la primera de esas producciones era la *Oración por todos* de don Andrés Bello, la segunda era la *Sociabilidad Chilena* de Francisco Bilbao.

La *Oración por todos* es una imitación de Víctor Hugo, que despierta la impresión solemne y religiosa de un viejo templo gótico, en que el sentimiento y el arte elevan juntos sus manos hacia el cielo.

La *Sociabilidad Chilena* es una ardiente y rápida enunciaci3n de los problemas sociales, una página desgredada en que vibra la nota desgarradora de la indignaci3n de una alma jo-

ven y evangélica, en presencia de una sociedad que despedaza sus ideales: era un grito de guerra lanzado en contra de las ideas y las preocupaciones dominantes y que produjo una extraña y tremenda explosión en los espíritus. El autor fué arrastrado a un jurado de imprenta, que lo condenó, como blasfemo e inmoral en tercer grado, a pagar una multa de mil doscientos pesos; fué necesario suspender la publicación del periódico en que había aparecido el artículo; el Consejo de la Universidad decretó la expulsión de Bilbao de sus aulas. Se siente la corriente de odio y de hostilidad social que debía necesariamente circular al rededor de estos hechos.

Y sin embargo, contaba apenas 21 años el escritor que arrojaba su nombre al viento de la persecución y del escándalo; contaba apenas 21 años el autor del escrito que se creía necesario combatir, poniendo en juego todo ese formidable aparato de las viejas guerras religiosas. Un estado intelectual completo se deja entrever en ese rasgo: una sociedad entera en esa persecución desenfadada.

Pero, al mismo tiempo que un orden de ideas se levantaba en contra de Bilbao, surgía otro orden de ideas en su apoyo; al mismo tiempo que el jurado lo condenaba como blasfemo y como inmoral en tercer grado, la multitud lo aclamaba como a un símbolo; y la multa que le imponía la justicia, la pagaba el pueblo.

El 20 de Junio de 1844—el día del jurado—aparecieron bruscamente en la superficie de nuestra sociedad dos corrientes opuestas: que desde entonces se deberían continuar combatiendo abiertamente.

Recordando más tarde Bilbao aquellos hechos, decía: «Puse la planta al borde del continente prometido y quemé mis naves. Entré al mundo tenebroso de la revolución, penetré en el bosque social, donde los Druidas de Chile, celebran sus misterios; y el bosque, los Druidas y el altar se estremecieron, al soplo de la palabra juvenil.

«Ese fué el proceso de mi *Sociabilidad Chilena*.

«Ese escrito fué una proyección del siglo XVIII lanzado por una alma juvenil. Es mi recuerdo. Fué entonces cuando sufrí, cuando mi corazón se abrió a los dolores desconocidos, cuando tuve que cargar con toda maldición, con todo anatema, con todo insulto, con todo ridículo, lanzado por todos los medios, bajo todas las formas, e incesantes como la complacencia de la venganza' en la prensa, que devora, pero que no puede aniquilar.»

Y con razón después de recordar Bilbao las punzantes amar-

guras de la hostilidad que despertó, recordaba con cariñosa complacencia la adhesión de sus amigos y las entusiastas manifestaciones populares, y que si se había cerrado para él la prensa de Santiago, le había abierto sus puertas la prensa de Valparaíso.

Después de redactar durante algunos meses la GACETA DEL COMERCIO, salió de Chile en Octubre de 1844, junto con don Francisco y don Manuel Antonio Matta, que, como él, se dirigían a completar sus estudios en Europa.

Llegó a Francia seis meses después, llegó en Febrero de 1845, en los momentos en que en la sociedad de ese país fermentaban los gérmenes del movimiento revolucionario de 1848. Aquella atmósfera social debía desarrollar con viveza las tendencias de Bilbao, incrustar en su espíritu sus doctrinas sociales y políticas.

Michelet, Quinet, y sobre todo, Lammenais, fueron sus maestros favoritos durante los cinco años que duró su residencia en París.

En 1850 volvió a Chile, sin haber alcanzado a presenciar, por consiguiente, el tremendo e inevitable desenlace de las paradojas desorganizadas, que arrojaron la revolución a los pies de un dictador.

Al llegar a Chile encontró Bilbao intactas y vivas las antiguas adhesiones, y enormemente debilitado el poder y el calor de los odios religiosos por el rápido desarrollo de nuestra sociedad en que, por todas partes, se había difundido el sentimiento de una respetuosa tolerancia.

Encontraba por otra parte la atmósfera política excepcionalmente preparada en su favor.

En Octubre de 1849 celebraban una sesión preparatoria los organizadores del «Club del Progreso», primer centro de reunión de los agitadores y de la oposición activa de ese tiempo. Allí se agrupaban los restos del antiguo pipiolismo, fervientes adoradores del pasado; los espíritus inquietos, adoradores más fervientes todavía del porvenir y del ideal; los políticos prácticos que veían asomar la posibilidad de apoderarse del gobierno para hacerlo servir a sus ideas, sus pasiones o intereses; y por fin, alrededor de ese núcleo se agrupaban los ofendidos, los chasqueados, todo ese polvo humano que el carro del poder levanta en su camino.

Entre los elementos de aquella asociación se encontraban esparcidos hombres de un espíritu juvenil y apasionado que devoraba la ambición de parodiar las figuras de la Francia revolucionaria.

Entre ellos se distinguía Santiago Arcos, «mozo de veintiocho años, de estatura más que mediana, vestido con lujoso desaliño y que tenía en su acento un dejo pronunciado de andaluz.» Había nacido en Chile y en el palacio episcopal; había sido educado en Francia y en medio de esa atmósfera de revoluciones y de utopías que calentaron Fourier, Owen, y los violentos sectarios de Proudhon. Su espíritu era una amalgama extravagante de la doble atmósfera de su cuna y de su escuela.

En Febrero de 1848, volvía a Chile después de una ausencia de veinte años. Había viajado y había visto mucho; había leído mucho; había pensado en sus horas perdidas, y como era natural, en esas horas lo había fascinado el brillo de las más extravagantes paradojas.

Arcos era una especie de Alcibíades, una mezcla de griego y de italiano, de maquiavelismo y suspicacia; con un espíritu inquieto, organizador y sagaz, poderoso en las artes de la intriga política; lo miraba todo con desdén y con frialdad, y acentuaba siempre sus palabras con la sonrisa irónica, ligera y vibrante del escéptico.

Era la perfecta encarnación de una de esas dagas venecianas, que esconden una lámina de acero envenenado en una vaina de terciopelo; como ellas ocultaba un carácter temible bajo la sedosa superficie de un ligero cortesano.

Fué un activo colaborador de nuestra prensa política, y después de su expatriación de Chile en 1852, prodigó sus escritos en la República Argentina y en diversas revistas europeas.

La única obra considerable de Arcos que ha llegado hasta nosotros, es su estudio histórico sobre la República Argentina, publicado en francés en 1865 y ese libro no da una idea exacta de sus picantes y vivas formas literarias.

En sus artículos Arcos se mostraba como un escritor brillante y temerario, desencuadrado y reflexivo, dejando asomar en medio de los arranques de un implacable visionario la sagacidad de un estadista.

Su estudio histórico de la República Argentina es una apoteosis paradójica de la guerra civil, en que desarrolla su «profunda y consoladora convicción de que toda lucha lleva, en último término a un progreso», y en que hace contrastar la situación del Paraguay, donde la guerra civil no ha penetrado jamás, con la situación de la República Argentina, eternamente agitada por convulsiones interiores, para poner en evidencia las ventajas de una perenne agitación política.

Arcos ha desarrollado esa tesis revolucionaria con cierto

frío metodismo extraño en sus escritos, y sólo a lampos deja ver la mordacidad ingeniosa de su pluma.

En Septiembre de 1874 dió trágico desenlace a su existencia arrojándose al Sena al mismo tiempo que se atravesaba las sienas de un balazo. Estaba cansado, hastiado, *blasé*, de una vida que la enfermedad atormentaba con dolores, sin esperanza y sin remedio.

Pero hacia 1849 Arcos estaba muy lejos de los días sombríos en que puso término a su vida. Era entonces el prestigioso y audaz nivelador del «Club del Progreso». Sus planes económicos estaban perfectamente calculados para despertar el entusiasmo entre las masas descontentas y halagar los instintos egoístas de la plebe. Su predicación constante por un demagogo aristocrático, que sabía dar a su palabra las formas incisivas de una sátira risueña, que hablaba con autoridad desdeñosa y se conducía con una cautela italiana, pudo haber llevado a su auditorio a los abismos del crimen, si una mano más poderosa que la suya no los hubiese impulsado hacia otro abismo, en cuyo fondo había, por lo menos, algo generoso.

Desde el momento en que Francisco Bilbao pisa nuestras playas (Febrero de 1850) se agrupan a su alrededor no sólo la juventud y la clase obrera, en que había dejado recuerdos entusiastas, sino también políticos de diversos colores que esperaban atraerlo a su causa o moderar la acción del poderoso tribuno en contra suya.

La juventud y la clase obrera gravitaban hacia él de una manera espontánea y completamente natural. Bilbao se presentaba envuelto en una atmósfera de fascinación:—era joven, había sufrido, tenía un carácter levantado y una elocuencia arrobadora.

Su presencia predisponía en favor suyo: su expatriación y sus luchas eran una leyenda popular; su carácter resuelto, entusiasta, sincero y candoroso, servía de base a una oratoria, cuyos defectos mismos aumentaban su eficacia entre las masas.

Al calor de ese espíritu ardiente se desarrollaron las fuerzas del movimiento popular, que había principiado a sentirse comprimido en los salones del «Club del Progreso».

Santiago Arcos que tenía una mirada clara y un espíritu organizador, creyó que había llegado el momento oportuno para realizar uno de sus proyectos favoritos, que era el de envolver la sociedad entera en una red de conventillos carbonarios, y buscó el apoyo de Bilbao en favor de sus propósitos.

De ese acuerdo entre los dos agitadores nació la «Sociedad de

la Igualdad» que debía tener una existencia rápida y ruidosa, y dejar una huella tenaz en nuestra vida.

Pero la profunda divergencia que separaba las naturalezas de Arcos y Bilbao, debía romper entre ellos la armonía.

Desde el día que Bilbao inició su activa y celosa propaganda principiaron a perder influencia las teorías niveladoras de Santiago Arcos. La facilidad con que esas teorías interesadas y egoístas se evaporaron al calor de las aspiraciones hacia un ideal más generoso; la facilidad con que las masas olvidaron los consejos del interés para no pensar más que en la libertad, en la igualdad, en la fraternidad, es una hermosa prueba de la pureza moral de los espíritus.

En efecto, esa metamorfosis fué rápida. Los mismos círculos y los mismos hombres que poco antes se preocupaban solamente de su malestar físico y su estrecha situación social, cambiaron bruscamente de preocupaciones y lenguaje. A las teorías empapadas en odio sucedieron los sueños de un amor universal, y a las reparticiones de tierras y ganados, sucedieron las visiones risueñas de una Arcadia, que Bilbao auguraba con dramática elocuencia.

La nueva institución alcanzó a adquirir en poco tiempo un considerable desarrollo y a hundir profundamente sus raíces en la clase obrera.

EL AMIGO DEL PUEBLO y LA BARRA sirvieron de órganos a aquella sociedad. En el primero de esos periódicos publicó Bilbao los *Boletines del Espíritu*; y en el segundo una traducción de las *Palabras de un Creyente*. En los *Boletines del Espíritu* Bilbao había tratado de seguir las huellas de Lammenais; hacía, como su maestro, brotar desde el fondo de una vaga reminiscencia histórica, un grito desgarrador y penetrante que alcanzaba las más altas entonaciones del lirismo; era el grito de la sociedad que hería la injusticia, de un sentimiento violentamente comprimido o de un ideal despedazado por la vida.

La armonía de la frase, el ruido material de las palabras, la poética vaguedad del sentimiento que expresaban, la emoción generosa que palpitaba en su fondo, eran el secreto y el arte de esas páginas.

La REVISTA CATOLICA publicó un artículo editorial condenando esos escritos: el arzobispo de Santiago lanzó una pastoral en contra de ellos. Para combatir a Bilbao al frente de una poderosa y amenazadora situación, se ponían en juego resortes muy diversos de lo que se habían empleado pocos años antes, para combatir al autor de la *Sociabilidad Chilena*, marcando gráfica-

mente ese contraste, el rápido desarrollo de la cultura social de este país.

Apenas disuelta la «Sociedad de la Igualdad» en que Bilbao había encontrado un campo apropiado para desplegar su fascinadora elocuencia de tribuno, estalló el motín del veinte de Abril de 1851, cuyo fracaso arrojó a Bilbao en el destierro.

En el Perú, Bilbao trató de organizar sociedades análogas a la que había fundado entre nosotros, que como propósito directo perseguían la emancipación de los esclavos. Pero sabiendo que su propia libertad estaba amenazada, buscó un asilo en la Legación francesa, de donde salió a principios de 1852, después de contraer con el Presidente Echeñique el compromiso de suspender su propaganda en la prensa y en los clubs. Bilbao cumplió fielmente su pacto de silencio, pero a pesar de eso se vió incluído entre los proscritos del motín de 1854 y obligado a buscar refugio en Guayaquil.

La prisión de su padre lo decidió a volver a Lima, en donde se encontraba cuando estalló la revolución encabezada por Castillo, a que prestó una cooperación eficaz y personal, que le valió las simpatías y el apoyo del caudillo victorioso.

Publicó entonces el *Gobierno de la Libertad* y el *Mensaje del Proscrito*, folleto en que desarrollaba mal sonantes doctrinas religiosas y políticas, que despertaron pasiones violentas en su contra, le atrajeron procesos y obligaron a alejarse del país.

En Junio de 1855 vuelve a Europa y durante su permanencia, que duró dos años, en el viejo continente dió a luz un *Estudio sobre Lammenais* y varios artículos en LIBRE RECHERCHE que servía de órgano, en Bruselas, a los proscritos del Imperio.

En 1857 vuelve a América y se va a establecer en Buenos Aires, en donde funda la REVISTA DEL NUEVO MUNDO, redacta EL ORDEN, se incorpora en el «Club Literario», forma el «Club Racionalista», organiza una sociedad para trabajar por la emancipación moral del Paraguay, y desarrolla una asombrosa actividad en medio de los crueles sufrimientos de la enfermedad que minaba su organismo.

La *América en peligro* y el *Evangelio americano*, dos folletos de esa época fueron publicados en los momentos en que el ejército francés entraba en México y la escuadrilla española se apoderaba de las Chinchas; pero en esas páginas como en todas las que salieron de la pluma de Bilbao, alrededor de los hechos se desenvuelve una amplia propaganda de doctrina.

Sorprende en esas páginas la entonación ardiente y el indomable espíritu de lucha de su autor que las escribía sobre su lecho de muerte.

«A fines de 1857, decía Madame Quinet en sus *Memorias del destierro*, encontrándose Bilbao en un paquebot, una mujer cayó por accidente al río en un lugar que es más peligroso que el océano, Bilbao se arroja entre las olas, consigue salvar esa desconocida, pero sus esfuerzos sobrehumanos produjeron la ruptura de un vaso del pecho. La mujer del pueblo estaba salvada, pero la vida de su libertador fué desde entonces una lenta agonía», que vino a terminar el 19 de Febrero de 1865.

* * *

Poco después del ruidoso jurado de la *Sociabilidad Chilena*, y cuando fermentaba todavía la viva agitación que produjo en los espíritus, presentó don Victorino Lastarria a la Universidad, su memoria titulada: *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*.

En ese libro su autor se proponía «examinar la manera cómo obró la civilización española en la conquista y en la organización española, para comprender su acción y su influencia en la sociedad actual, y sobre todo en la revolución de nuestra independencia, a fin de corregir aquella civilización en lo que tiene de opuesto a la organización democrática adoptada».

En ese interesante trabajo bosqueja Lastarria el carácter especial de la conquista de Chile, da una idea del sistema colonial español y estudia en seguida la influencia de ese sistema sobre la política, la condición social de los chilenos, sus costumbres privadas, su carácter, sus industrias, y, por último, la influencia que ha ejercido ese sistema en la revolución de la independencia.

Lastarria ha desplegado en esas páginas las más bellas cualidades de escritor y pensador. Abraza los hechos con vigor y expone la síntesis que de ellos, a su juicio, se desprende, con una notable claridad y una brillante transparencia de lenguaje.

Como en todos los trabajos de alguna importancia de aquella época, se siente en este el esfuerzo del esmero, esa trepidación del cuidado, ese ir y venir de la lima, que persigue un ideal de corrección desesperante.

Pero hay en el estudio de Lastarria una profundidad de intención, que ninguno de los escritores de su tiempo había alcanzado y ni siquiera pretendido. Ese vuelo audaz y ambicioso, en regiones inaccesibles para el vulgo y en que sólo se pueden sostener una inteligencia poderosa, ha valido a esta memoria, un puesto prominente en nuestras letras.

En el discurso que precede a ese trabajo, combate Lastarria

el sombrío fatalismo histórico de la escuela de Herder y de Vico, y la generación providencial de los sucesos de la escuela de Bossuet, y desenvuelve con apasionado brillo la doctrina de los que no ven en la historia, ni la mano de un destino ciego, ni de una Providencia tutelar, sino un lógico encadenamiento de sucesos, el imperio de la causa y los efectos naturales, la reacción del hombre sobre el mundo material, y la del mundo material sobre el espíritu.

Esa concepción moderna de la historia, aun cuando haya tenido lejanos y geniales precursores, no era la que dominaba en esa época; por el contrario, era mirada como una temeraria y audaz innovación.

A estas doctrinas filosóficas enlazaba Lastarria en su discurso doctrinas literarias, sobre la forma que se debía dar a las composiciones de este género.

El talento de Lastarria, por una aparente contradicción, no se plegaba a las narraciones de la historia. En sus novelas, y sobre todo en su charla, ha manifestado los dotes de un brillante narrador. Daba a sus pinturas una viveza un movimiento y un colorido extraordinario; pintaba a los hombres y los acontecimientos con rasgos felices, pero le era extraña esa paciencia metódica, que es el alma de un investigador de los sucesos del pasado.

Y por el contrario, su tendencia intelectual lo llevaba a suprimir la parte material de los sucesos y a reducir la historia en cuanto fuera posible, al estudio de las ideas que habían producido los acontecimientos.

Concebida la historia en esa forma, para juzgar los sucesos y los hombres se debía proceder con un doble criterio; o bien, apreciando cada acontecimiento con el criterio de la época en que se había producido, o con el criterio de nuestro tiempo.

Lastarria se levantaba a combatir abiertamente un criterio en que encontraban, a su juicio, absolución, las más odiosas aberraciones del pasado.

Haciendo suyas las apreciaciones de Altemeyer, decía: «nosotros tomamos los hechos tales como son, no los torcemos en todos los sesgos para hacerlos producir lo que no contienen, no los pegamos a nuestras pequeñas visitas, a nuestros pequeños juicios, a nuestros intereses egoístas, a nuestras malas pasiones. Se ha formado a nuestros ojos en Bélgica una escuela histórica, cuyas intenciones no son un misterio para nadie. Esta escuela retrocede espantada delante de todo lo que de lejos o de cerca toca a la filosofía, y ella es a quien justamente se puede reprochar el falsificar deliberadamente la historia, de poner

en ésta ideas peligrosas, de apoyar un sistema hostil a la libertad y al progreso; de haber concebido la rehabilitación de Felipe II y de los cadalsos del Duque de Alba; de haber rodeado de una aureola de amor y de veneración al reinado miserable y degradante de Alberto y de Isabel, y la administración de todos aquellos sátrapas españoles y austriacos para quienes nuestra patria no era sino una mercancía; inventores de esta política de corrupción y degradante que ha conducido a la ruina, al olvido de todos los nobles sentimientos que distinguían a nuestros grandes antepasados».

Y después de citar estas palabras, añadía Lastarria en sus *Recuerdos Literarios*: «Ojalá no hubiera tenido justa aplicación tan enérgico apóstrofe a la situación que estamos recordando! Precisamente tales eran las doctrinas, tal la tendencia, tal el rumbo que señalaban a los futuros historiadores, los que combatían entonces nuestra filosofía; y esas doctrinas, esa tendencia son las que han prevalecido. No es este momento la crítica de las numerosas obras históricas que se han publicado en Chile bajo el magisterio y la dominación de las ideas sustentadas por los que se espantaban de nuestra filosofía en 1844 y 1847; pero ábrase cualquiera de ellas y se verá cuanto prevalecen las ideas peligrosas, la hostilidad sistemática a la libertad y al progreso, la rehabilitación de nuestros opresores, los pequeños axiomas morales y políticos, y el criterio arbitrario del régimen de gobierno que lo ha dominado todo en los últimos cincuenta años, desacertado casi siempre, inmoral a veces, opresor o meticuloso alternativamente. Los pocos libros históricos que han salido de esa senda son tal vez los menos aplaudidos, los más olvidados».

En las transcripciones que acabamos de hacer, creemos que no sólo se reflejan los propósitos a que ha obedecido Lastarria en su obra histórica, su espíritu, su filosofía, su criterio; que no sólo se ve el lado brillante de su procedimiento literario, sino también el lado peligroso.

En 1847 el autor de las *Investigaciones*, presentó a un certamen universitario, su *Bosquejo histórico de la constitución del gobierno de Chile, durante el primer período de la revolución, desde 1810 hasta 1814*.

La investigación histórica nos ha puesto en posesión de datos incomparablemente más completos que los que tuvo a la vista el autor de ese *Bosquejo*, y nos permite ahora rectificar apreciaciones avanzadas por el señor Lastarria en su trabajo; pero las líneas generales de su cuadro, las conclusiones funda-

mentales de su estudio, no han sido alteradas por esas investigaciones posteriores.

No sucede otro tanto con el estudio sobre *Portales* que publicó el señor Lastarria en 1861. La proximidad de los sucesos, el ardor de luchas políticas en que el escritor había tenido una participación directa y personal, no le permitían juzgar los hombres y los partidos con la tranquilidad de espíritu que exige la justicia.

El ministro que había servido de caudillo, a la reacción conservadora y entronizado su partido en el poder, era, para el señor Lastarria, la viva encarnación de doctrinas irritantes, de todo un orden político que había combatido con pasión. El escritor desaparece delante del hombre de partido, y la historia toma entre sus manos las formas ásperas y amargas del panfleto.

En la *América* ha trazado el señor Lastarria el más extenso de sus cuadros históricos. Abre el libro con una exposición «de las teorías y sistemas de los primeros publicistas europeos para conocer la situación actual de la ciencia política en Europa, en cuanto al Estado y los derechos individuales, cuyo conjunto forma lo que llamamos libertad».

Siguiendo a Laboulaye, presenta un cuadro de las teorías de Guillermo Humboldt, de Mill, de Eoetvoes y de Julio Simon, «que son sin duda los escritores contemporáneos que más profundamente han tratado la cuestión de la libertad y del Estado, en Alemania, en Inglaterra y en Francia», completando este estudio con una apreciación de las doctrinas políticas del mismo Laboulaye.

De esa exposición brotaba, no sólo la distancia enorme que separa las concepciones políticas del antiguo y del nuevo continente, sino también el antagonismo entre los gobiernos de Europa y los de América.

La invasión de México por el ejército francés, el golpe de mano de España en la costa del Pacífico, el protectorado del Imperio francés en el Ecuador, esa serie de aventuras y de tentativas de reacción monárquica en América, eran sucesos palpitantes en los momentos en que el señor Lastarria escribía su estudio sobre América, y eran sucesos que daban el aparente color de la verdad a un profundo antagonismo de intereses entre los pueblos de ambos continentes, y que arrojaba los ejércitos de las naciones europeas sobre las playas del mundo americano.

En la segunda parte de su *América*, el señor Lastarria desenvuelve el largo y dramático período de las revoluciones y guerras de América, el período de la organización política y social, en

que el criterio de la independencia del espíritu, viene a reemplazar el criterio absolutista del coloniaje español.

La tercera parte de ese libro nos da cuenta de la situación de las repúblicas hispanoamericanas hace veinte años, juzgando los sucesos y los problemas que entonces se agitaban, a la luz de las doctrinas liberales de su autor, que a veces lo arrastran a hacer críticas crueles cuya injusticia el tiempo ha puesto en transparencia.

Las páginas que el señor Lastarria ha consagrado en su *América* al Brasil, produjeron una viva impresión en ese Imperio, no sólo por el alto puesto que ocupaba el autor en las letras hispanoamericanas, sino también por la elevada situación diplomática en que, en esos momentos, se encontraba.

El gobierno brasileiro llegó a creer necesario hacer publicar una refutación de ese trabajo, rindiendo así un alto homenaje a la autoridad y el prestigio de Lastarria.

La obra histórica de Lastarria contiene todavía un libro más, cuya primera parte sólo publicó en 1853: la *Historia constitucional del medio siglo*.

«En medio de las vicisitudes de la política ardiente, nos dice el mismo en sus *Recuerdos Literarios*, y tratando de acortar las amargas horas del destierro o de la persecución, sin libros muchas veces, sin más elementos auxiliar que nuestra combatida teoría, escribimos la *Historia constitucional del medio siglo*, revista histórica de los progresos del sistema representativo en Europa y América, durante los primeros cincuenta años del siglo diez y nueve.»

Entraba en ese trabajo el autor a explorar un campo que había sido recorrido por los más brillantes pensadores europeos; y aunque daba a los sucesos el interesante color de un criterio democrático, no era eso bastante para compensar la inevitable desventaja del escritor americano que hace la historia del movimiento europeo.

Mucho más vivo fué el interés que despertaron los *Recuerdos Literarios* que el señor Lastarria publicó en 1878, como respuesta a una apreciación que había deslizado don Isidoro Errázuziz, sobre los orígenes del movimiento literario de 1842. Esas palabras mortificantes, lo hicieron tomar la pluma para defender del olvido su obra y su acción en nuestro desarrollo intelectual; «para rechazar una mortaja que no quiere llevar, estando vivo», para servirnos de sus pintorescas y amargas expresiones.

En este libro, el señor Lastarria ha hecho la historia de sus trabajos y del papel que ha desempeñado en nuestro movimiento literario, y aunque domina en su libro el rigor inflexible de

su criterio político, tiene generosa benevolencia para juzgar a sus antiguos adversarios.

No siempre los recuerdos coinciden completamente con los hechos y a veces el señor Lastarria se ve obligado a hacer graves sacrificios a la tesis política que desenvuelve en su libro; pero, ese trabajo pone de relieve la devoción al estudio de su autor y rara aptitud de ir progresando y modificando su criterio con una frescura juvenil, aun en los últimos años de una vida larga y trabajada.

Partiendo de estudios y concepciones metafísicas, llega al positivismo de la escuela filosófica de Comte; partiendo de Ahrens llega a Mill. ¡Hermosa y rara facultad que pone en evidencia la amplitud de su talento y tenacidad con que perseguía su desarrollo intelectual!—AUGUSTO ORREGO LUCO.

Revista del Progreso.—Tomo IV.—Santiago 1890.—Págs. 101 a 150.